

EL NIÑO QUE TENÍA HORMIGAS

ROY BEROCAY
Ilustraciones de
RODRIGO FOLGUEIRA





© Del texto, Roy Berocay, 2025

© De las ilustraciones, Rodrigo Folgueira, 2025

© De esta edición:

2025, Ediciones Santillana, S. A.

Juan Manuel Blanes 1132. 11200. Montevideo, Uruguay

Teléfono: 2410 7342

www.loqueleo.com/uy

ISBN: 978-9974-92-631-8

Printed in Uruguay - Impreso en Uruguay

Primera edición: agosto de 2025

Dirección editorial: Viviana Echeverría

Ilustraciones de la cubierta y del interior: Rodrigo Folgueira

Diseño de colección: Gabriela López Introini

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

EL NIÑO QUE TENÍA HORMIGAS



ROY BEROCAY

Ilustraciones de

RODRIGO FOLGUEIRA

loqueleo

-¡Panchito, bajate de ahí!
-¡Panchito, cuidado con el jarrón de la abuela!
-¡Panchito! ¿Podés quedarte quieto y terminar tu comida?
Y después, siempre, pero siempre, alguien decía:
¡ESTE NIÑO TIENE HORMIGAS!



A Francisco, Pancho o Panchito eso le llamaba la atención. De tanto escucharlo, se había convencido de que sí: que de verdad tenía hormigas dentro de su cuerpo.

Cerraba los ojos y se imaginaba una fila de hormigas con caras muy graciosas, caminando por sus brazos, saliendo de sus orejas, trepándose a su cabeza, jugando a la...

-¡Francisco! ¿Estás durmiendo en clase?

-Eh... no, maestra.

-¿Se puede saber en qué pensabas?

-Hormigas, maestra.



Y poco después, desde el banco de atrás le llegaba la voz burlona de alguien:

-¡Qué pancho que sos!

Y Francisco, Pancho, Panchito se daba vuelta y le tiraba con su goma de borrar.

Resultado: a la dirección.



Ahí lo tenían sentado un rato.

Pero las hormigas empezaban a moverse otra vez, a hacerle cosquillas, y se levantaba y caminaba por la oficina.

Cuando la directora no estaba mirando hacia girar rápido, tan rápido el globo terráqueo, que de pronto se salía y rebotaba por el piso como una pelota.

-¡Francisco! ¿Es que no puede quedarse quieto?

Enseguida el mismo comentario: ¡Este niño tiene hormigas!



En el recreo corría por todo el patio, trepaba al enorme árbol que estaba justo en el medio desde hacía como cien años, y aparecía allá arriba, muuuuy arriba, en la punta de una rama.
-¡Francisco! ¡Bajate de ahí! ¡Te vas a caer!

Las voces se unían como en un coro:
¡ESTE NIÑO TIENE HORMIGAS!
Así, un día y otro también se ganaba el rezongo de su maestra, de la directora, de las niñas y niños a quienes molestaba cuando pasaba corriendo.